

El exilio o la otra cara de la patria verdadera¹

Exile, or the other side of true Homeland

José Luis MORA GARCÍA

Universidad Autónoma de Madrid

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2016.12.028>

Recibido: 06/06/2016
Aprobado: 10/09/2016

Resumen: En este artículo se ofrece una reflexión sobre la función que la verdad desempeña en la generación de exilios cuando la patria queda circunscrita a la verdad apropiada. Se concluye con la reflexión que María Zambrano hizo en su obra *Los bienaventurados* apostando por la esperanza como una mejor propuesta para la construcción de la convivencia. Entre un punto y otro se hace un recorrido por los esfuerzos realizados a los largo de décadas para conseguir la reconstrucción de la convivencia y la necesaria integración que precisa la democrática España actual.

Palabras Clave: Exilio, verdad, esperanza

¹ Una versión reducida de este artículo se ofreció en el Colloque International: *Ecritures en exil. Perspectives comparatistes* organizado por la profesora Ute Heidmann. Universidad de Lausanne (UNIL), 19.11 2013.

Abstract: This article reflects upon the function that truth performs in the generation of exiles when the *patria* is left circumscribed to appropriated truth. It concludes with María Zambrano's reflection in her *Los Bienaventurados*, where she champions hope as a better alternative for the construction of a shared existence. Within the range of these two poles, the article overviews the efforts undertaken throughout decades in order to achieve the reconstruction of co-existence as well as the necessary integration mandated by today's democratic Spain.

Keywords: exile, truth, hope

¿Por qué una nación es capaz de provocar tantos exilios, todos ellos en aras de ideales supuestamente universales que, o bien fueron contruidos al margen de la historia misma, o bien fueron trágica acción del anacronismo? Así sucedió con la idea de la monarquía católica universal que expulsó a judíos y moriscos en los siglos XVI y XVII; con la idea de una razón homogénea o canónica, eurocéntrica, que fue expulsando a quienes no quisieron someterse al canon científico en el siglo XVIII; en el XIX esta escisión se consumó en forma de guerras civiles incluidas en el formato de internacionales; para el XX quedaban reservados los exilios de los totalitarismos fascista o comunista que han consistido en la toma del Estado y en su apropiación. Hoy, en el siglo XXI, continúa la oleada de refugiados provenientes de países como Egipto, Siria, Gaza... Como han hecho constar los autores de un libro sobre el exilio en Uruguay², todas las palabras españolas que comienzan por *ex* o *de* pueden aplicarse al *exiliado político*: exiliado, expatriado, deportado, desplazado, desterrado. Miles, millones de personas han padecido estas situaciones a lo largo de los siglos.

El exilio español de 1939 pertenece a los expelidos por la toma violenta del Estado y a la apropiación de la patria *verdadera* por los vencedores de la guerra civil. Cuando alguien se apropia de la verdad y fija el canon, su verdad, sea en nombre de la teología o de la ciencia –pues científicas se creían las concepciones sobre la superioridad de una raza sobre otra o de una ideología sobre otra–, y funda sobre cualquiera de ellas la legitimidad –ilegitimidad en este caso– del orden político –basado en la fuerza, también en este caso– el exilio es inevitable. Todo queda roto, hacia fuera, entre los que se quedan y los que son obligados a salir, pero, también, entre los que quedan dentro. Esta es la experiencia que nos dejó la guerra civil española. A finales de 1937 Antonio Machado escribía a María Zambrano una carta que terminaba de esta manera:

Diga a su padre, mi querido Don Blas, que lo recuerdo mucho, y siempre para desearle toda suerte de bienandanzas y de felicidades. Dígale que hace unas noches soñé que nos encontrábamos otra vez en Segovia, libre de fascistas y de reaccionarios, como en los buenos tiempos en que él y yo, con otros viejos amigos, trabajábamos por la futura República. Estábamos al pie del acueducto, y su papá, señalando los arcos de piedra, me dijo estas palabras: “Ve Ud., amigo Machado, cómo conviene amar las cosas grandes y bellas, porque este acueducto es el único amigo que nos queda en Segovia³.”

² Romero Largo, L.; Suárez González, M., Martínez Barreiro, R., *Una historia del exilio español en Uruguay (1814-1978)*, Madrid, Endymion, 2013.

³ Andrés, Marisol y Mora García, José Luis (eds.), *María Zambrano Alarcón—Pablo De Andrés Cobos*.

Como ya he dicho en otra ocasión, cuando a uno solo le queda la amistad del acueducto, el exilio está a punto de consumarse. Alguien se ha apropiado entonces de la patria. Por consiguiente, volver del exilio, hacerlo físicamente no es imposible, pero anímicamente, espiritualmente, es, casi con seguridad, imposible por la enorme dificultad en recuperarse de la expulsión. El problema radica en que la verdad, creada como garantía de la continuidad que toda nación necesita para constituirse, se convierte en la sinrazón de la fractura. Por consiguiente, lo que se consideraba garantía viene a ser el problema. ¿Se debe ello a que ninguna nación debe constituirse sobre verdad alguna? ¿O es la naturaleza de esa verdad el problema y no la verdad misma? ¿Nos remite este tema a la tan difícil como inexcusable relación entre filosofía y nación? Estas y otras preguntas podemos formularnos hoy en día pues el problema no ha dejado de estar vigente. También los exiliados de todos los tiempos y, por supuesto, quienes llegaron a México al final de la guerra de 1939 se formularon preguntas parecidas y trataron de buscar algunas respuestas que hoy mantienen su pleno sentido:

Tiene la patria verdadera –afirmaba años después, hacia los setenta, María Zambrano- por virtud crear el exilio. Es su signo inequívoco. Y así, en cuanto aurea en la historia, en cuanto se da a ver mínimamente, en verdad basta con que se anuncie, crea el exilio de aquellos que por haberla visto y servido aun mínimamente han de irse de ella (...) No hay opción para ellos: o no se despiertan o se despiertan ya en el exilio. Y así revela igualmente esa patria verdadera siempre incipiente, siempre al nacer, lo apócrifo de la Historia⁴.

Pertenece estas palabras no a cualquier libro sino al que tituló *Los bienaventurados*. Nombre –bienaventurados– que se aplica a quienes lo serán, pues, como en el Sermón de la Montaña del que tantas veces oyó hablar a su padre, solo se alcanzará la bienaventuranza cuando el ideal sea cumplido, y el Evangelio de San Mateo parece decirnos que no será en este mundo... sino en el otro. Al menos no lo será en el tiempo histórico. Bienaventurados, pues, quienes creyeron en la verdad..., es decir, quienes creyeron que la unidad reinaba entre los seres humanos y desearon trasladar ese ideal a la propia sociedad; mas no cayeron en la cuenta de que la historia no se construye con ideales o, al menos, no solo con ideales ya que, o no existe la verdad, o esta puede caer en manos de adversarios que la puedan utilizar como instrumento de exclusión. La continuada existencia de heterodoxos, disidentes, resistentes, excluidos, en definitiva de exiliados, como la forma más radical de esta forma de existencia es testimonio de ese conflicto radical.

Juan Fernando Ortega, director tantos años de la Fundación María Zambrano, asegura que el esquema de este libro estaba ya pensado en los años 70 y en él habría incluido su “Carta sobre exilio”, publicada en *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura* (Paris, 1961, 49, junio, pp. 65-70). Años más tarde incorporó parte del esquema en el libro tal como hoy lo conocemos y otras partes han sido incluidas como textos de otras publicaciones o ensayos autónomos. No importa eso ahora mucho y sí que fueran escritos en años muy significativos: cuando terminaba el franquismo y se abría la posibilidad de una España democrática. ¿Dónde quedaban, entonces, quienes creían haber visto la verdadera España y la habían plasmado en la República? ¿Dónde se incluirían esos aspirantes a la bienaventuranza que no eran otros que el exiliado, el filósofo y el místico?

Cartas (1957-1976) Historia Epistolar de una amistad. “De Ley y de Corazón”, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2011, p. 284-286.

⁴ Zambrano, M. *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 43.

La experiencia verdaderamente dramática para los exiliados, María Zambrano con seguridad su mente más lúcida, es que se dieron cuenta, precisamente entonces, de que era imposible volver del exilio aunque físicamente regresaran a España. Que el exiliado era un superviviente, que la historia es “rebelde contra el ser y la vida”⁵ y que no puede pasarse nuevamente del estadio de “superviviente” al de “viviente” en un tiempo distinto al que les perteneció. Esto es lo realmente importante en este libro de Zambrano: su reflexión sobre el antagonismo, probablemente irresoluble, entre la verdad filosófica (o teológica) y la “verdad” histórica –su cruz la llama porque impide reconciliar el “querer ser” y el “tener que ser”; un dilema sobre el que reflexionaron muchos de los exiliados– y su apuesta por la esperanza como la virtud humana por excelencia, única salida a ese dilema terrible. A “Las raíces de la esperanza” dedica el capítulo con que termina el libro y al que nos referiremos más adelante.

La experiencia radical consistió en comprobar que en la historia no hay restauración posible para los individuos expulsados, porque ya solo es posible avanzar hacia adelante, hacia realidades nuevas, reconociendo su estatus de supervivientes. Pero queda una lección, la de los exiliados, pues sin antecedentes no hay horizontes: la Patria tampoco puede reconstruirse como *verdadera* sin ellos. ¿Por qué? Pues por razón de que ellos son los depositarios de la memoria, es decir, de la propia historia sin la cual no hay posibilidad de construir la Patria, mientras que los residentes del interior se han quedado con la otra parte necesaria: el espacio físico, el territorio pero han convertido al tiempo en una “historia sin antecedentes”. Mas la Patria –sociedad, nación o estado–, necesita de ambas coordenadas: el espacio, o sea, la geografía, y el tiempo, es decir, la memoria comprensiva –y no solo colectiva– de lo ocurrido a lo largo de los siglos desde que el Estado trató de dotarse de unidad. Cuando esa unidad ha devenido sinrazón por el exceso de su afán de unidad que ha llegado a convertirse en totalitarismo, el espacio queda clausurado y la memoria expropiada.

De lo irremediable de la situación daba cuenta Zambrano en la “Carta sobre el exilio”:

De ellos –los hijos de los triunfadores o, sencillamente, quienes en España habían quedado y se iban incorporando a puestos de decisión intelectual o política - han ido saliendo con el correr de los años los anticonformistas de hoy (1961), los que no aceptan el régimen, denominense de una u otra manera. Para ellos el exiliado ha dejado de existir ya, vuelva o no vuelva” (...) “...pues que al pretender como la cosa más natural la exclusividad de decidir los destinos de la patria, rechazan ese pasado en una forma excepcional, como no se suele hacer, ya que la inicial discontinuidad de la historia se salva aceptando lo pasado, por muy críticamente que se haga. Un mínimo de continuidad es indispensable para que la historia sea historia humana y para que la patria propiamente exista. Para que la patria sea patria y no un lugar ocupado por los que llegan, lleguen como lleguen, en virtud de la fuerza o en virtud de la fuerza de la edad⁶.

Ya en España, llegada por la “fuerza de la edad” y poco antes de morir, escribió “Amo mi exilio”, ese texto demoledor, estremecedor, en la tercera página de *ABC* (28 de agosto de 1989) que sirvió de introducción a “La otra cara del exilio”, uno de los cursos que ofreció la Universidad Complutense de Madrid aquel verano. Me temo que no ha sabido entenderse y que se ha pensado que era propio, sin más, de una anciana melancólica que se limitaba a asumir una derrota. Nada más lejos del sentido del mismo si se leen con

⁵ *Ib.*, p. 31.

⁶ Zambrano, M., “Carta sobre el exilio”, *o. c.*, pp. 68-69.

detenimiento todos los textos anteriores junto a los de Sánchez Vázquez pues, seguramente, ambos forman parte de los filósofos que reflexionaron con mayor profundidad sobre esta experiencia. En ese breve texto, además de reconocer su instalación en esa nueva patria, que ella misma llama “exilio”, dejaba constancia de una actitud que se exige como remediable si se quiere reconstruir si no ya la patria verdadera, al menos, lo más semejante a ella:

Nos falta a los españoles –afirmaba– por muchas apelaciones que los retóricos hagan al pasado y por mucho ahincamiento tradicionalista a los que así se llaman, la imagen clara de nuestro ayer, aun el más inmediato. Existe una cierta rebeldía para reconocer en esta nuestra forma de vivir de hoy que hace que no se haya hecho sentir con más fuerza y claridad la necesidad y el deseo de recordar, de hacer memoria y, con ella, cuentas de nuestro pasado. No es extraño: todo nuestro pasado se liquida con la actitud trágica de España.

Mas añadía: “Es siempre y para todo pueblo, imprescindible una imagen del pasado inmediato, como examen de los propios errores y espejismos.” Significaban aquellas palabras, ni más ni menos, que la asunción de la historia pero ahora de una historia humanizada, es decir, esperanzada. Esto sí. Sin esperanza no hay historia humana que valga, mas la esperanza humana, a su vez, no puede ser ilusoria, es decir, falsa, sino que debe basarse “en la libertad que [el exiliado] se llevó consigo y la verdad que se ha ido ganando en esa especie de vida póstuma que se le ha dejado”, puesto que ha de incorporarse como viviente y dejar de ser superviviente. Recuperamos así, junto a la historia, a la propia filosofía incorporada ella misma a la historia y como reflexión de la historia y en estos términos no puede ser razón pura sino razón humana, digamos vital, histórica, poética... Digamos...

Quizá no sea razón suficiente para crear la patria verdadera pero sí es, al menos, necesario tener esa imagen del pasado, del inmediato y del más lejano. Es decir, que sin memoria comprensiva no hay patria posible. Y para aquellas patrias que han producido exilios es preciso superar el estadio de la tragedia, al que pertenece la razón necesaria y superarlo, remitiendo a ideales que no pertenezcan a la necesidad sino a la conciencia. Lo que estaba pidiendo Zambrano, ya casi a comienzos de los noventa, quince años después de haber muerto Franco, es que los españoles truncaran la lógica trágica de la historia que volvía a dejar a los exiliados fuera de esa historia y, de la mano de los propio exiliados, construyeran una unidad íntegra. Otros como Ferrater Mora y Sánchez Vázquez insistirían, por esos años, con estilos distintos a Zambrano, en la misma idea. Así, Sánchez Vázquez a la pregunta ¿Cómo nos sentíamos los exiliados durante esos largos, interminables años?, respondía:

Devorados por la nostalgia, pensábamos en ella con la esperanza de la vuelta próxima (...) Mientras tanto, su mirada solo estaba puesta en la tierra perdida. Y todo lo que parecía echar una raíz en el nuevo suelo que los había acogido, significaba una renuncia a los compromisos morales y políticos que imponía la vuelta (...) El exiliado vivirá así durante largos años desgarrado por una contradicción entre el anhelo de volver y la imposibilidad de realizarlo. La existencia misma de esta contradicción muestra que su existencia está en vilo; que la tierra que lo ha acogido, no obstante su generosa hospitalidad, es otra mientras subsista su anhelo irrealizable de volver. El exiliado se ha quedado sin tierra; sin su propia tierra, porque se vio forzado a abandonarla. Es sencillamente un desterrado⁷.

⁷ Sánchez Vázquez, A., “El exilio español en México” en *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Barcelona,

¿Qué se hizo desde España? ¿Podríamos preguntarnos, con cierto riesgo, por el estado de la construcción de la España actual en su relación con América, la América donde vivieron y viven aun tantos exiliados? No se trata ahora de hacer una revisión exhaustiva de un largo proceso, complejo y en buena parte ya estudiado por distintos grupos de España y México. Se trata, más bien, de reflexionar filosóficamente, sin dejar de ser fieles al orden de los acontecimientos, acerca de la difícil –cuesta reconocer que casi imposible– y, sin embargo, necesaria reconstrucción de la verdad, rota un día, sobre la que asentar una nueva idea de nación. No es, pues, una pregunta retórica hacerlo acerca de cómo reconstruir ese eslabón partido, pues formularse la pregunta deja ya de manifiesto debilidades aun existentes, que condicionan el avance en la convivencia, en la construcción de patrias –pues ya ninguna patria puede construirse al margen de otras– que no produzcan exclusiones. Fue Guillermo de Torre quien en la “Carta a Alfonso Reyes sobre una deserción”, publicada en *España Republicana* el 13 de septiembre de 1941, ofreció la clave que debe dar cuenta de ese proceso al utilizar la expresión “patrias cerradas” de las que huyeron los escritores españoles para sumarse a los esfuerzos en las “abiertas patrias de América”⁸. Como titularía ya en 1951, en “Hacia una reconquista de la libertad”, el artículo publicado en *La Torre* de Puerto Rico⁹, se trata ahora de una reconquista pacífica de valores que solo pudieron desarrollarse plenamente en las patrias abiertas. Digámoslo con palabras de Rubén Landa, quien con una retórica algo trasnochada señaló lo fundamental: “Algunos piensan señalaba- que en la patria sucede lo mismo que con la esposa, que verdaderamente leal sólo es posible serlo con una. Por experiencia propia sé que cabe tener más de una patria y ser leal a todas, como lo somos con varios hermanos o con muchos amigos. La constitución de la república española permitía ser a la vez ciudadano de España y de un país hispanoamericano.”¹⁰ Ni más ni menos que esta mentalidad la atribuye a una herencia del viejo Luis Vives. Así pues, se habría roto –si Rubén Landa tiene razón como seguro que la tuvo– ni más ni menos que una tradición entera. Esa es la cuestión. Reconstruirla no sería ya tarea fácil pues venía a ser la reconstrucción misma del Estado y, no menos, de la Filosofía. Esta era la pregunta que se formuló María Zambrano hacia 1948 tal como publicó en la revista *Las Españas*: “¿Es que ha existido acaso continuidad en la vida del Estado español?” “¿Cuál será la relación entre la discontinuidad del estado español, la de nuestra misma vida, cuyas formas tanto parecen haber variado y la discontinuidad del Pensamiento Filosófico?”¹¹. Y podríamos añadir por nuestra cuenta: ¿no habrá arrastrado España en su discontinuidad a la propia América? El novelista Pérez Galdós a cuyo testimonio recurre María Zambrano en su afán recuperador, lo había dicho a su manera, con mucha antelación, en 1907, refiriéndose a la Reina Católica:

Ese afán de regir las conciencias presentes y futuras es una extralimitación, un abuso de facultades políticas que hoy no puede ser perdonado. A tal dislate la llevaron consejeros espirituales dañados de un fanatismo ardiente, visionarios de la imposible unidad de la fe.

GEXEL, 1997, p. 70.

⁸ Torre, Guillermo de, *De la aventura al orden*. Selección y prólogo de Domingo Ródenas, Madrid, Fundación del Banco de Santander, 2013, p. XL.

⁹ *Ib.*, pp. 201-217.

¹⁰ Landa, Rubén, *Luis Vives y nuestro tiempo*, México, Instituto Luis Vives, 1969, p. 123.

¹¹ Zambrano, M., “El problema de la filosofía española”, *Las Españas*, 04, 1948. Recogido por Valender, James y Rojo, Gabriel, *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1946-1963)*, El Colegio de México, 1999, pp. 608-614

Y continuaba nuestro novelista:

Los siglos siguientes al siglo de D^a Isabel han venido protestando de este cruel propósito de meternos a todos en comunidad o rebaño, con regla estrecha y absolutamente intolerable. El litigio ha seguido dividiendo en enconados bandos a los que, no ya castellanos, sino españoles nos llamamos en el viejo solar europeo, y aún no hemos podido obtener sentencia definitiva. ¡Estamos lucidos como hay Dios! Aquella excelente señora, reina famosa entre todas las reinas, *espejo de las mujeres*, hizo ciertamente grandes cosas; pero le faltó una, la principal y más importante para el porvenir de sus súbditos. No vio, o no la dejaron ver, que si antes de morir hubiera desatado nuestras conciencias, habría hecho más por nosotros que descubriendo cien Américas y conquistando doscientas Granadas¹².

No hablamos, pues, de cualquier reconstrucción sino de una que lo es larga y compleja. A ello se aprestaron los filósofos del exilio: ¿cómo incorporar aquellas reflexiones a la reconstrucción del Estado español, recién fracturado por la guerra cuando habían estado convencidos de que la República había sido la gran acción de la verdadera España, es decir, la que reivindicó la libertad frente a las conciencias atadas nuevamente?, ¿cómo reconstruir la relación con las cien Américas descubiertas desde la idea, nuevamente recuperada, del rebaño, siguiendo el discurso galdosiano? Finalmente, ¿cómo hacerlo desde fuera?, ¿cómo lo pensarían quienes habían quedado dentro?

De este proceso hablamos, puede suponerse que complejo y, afortunadamente, –aquí radicó la posibilidad aunque frenara la dificultad– no interrumpido del todo, mas por ello lento y lejos de estar completado. Pero nos sirve, sobre todo, para darnos cuenta de la magnitud del problema creado cuando una patria, considerada verdadera por quienes se vieron expulsados en su nombre, se cierra durante décadas. Había que reconstruir pero había que hacerlo sobre la base de las *patrias abiertas* debiendo, ahora, ir hacia una construcción más completa de una realidad que convirtiera la verdad histórica en una verdad esperanzada.

No faltaron contactos personales entre filósofos españoles a quienes la guerra civil fue situando en distintas fronteras, pero los testimonios que nos han llegado no eluden la ambivalencia de los mismos. Carlos París, en su libro *Memorias sobre medio siglo. De la contrarreforma a internet*, da cuenta de algunos de esos encuentros. Nos recuerda, de su primer viaje a México, el que tuvo con Gaos pero, sobre todo, nos detalla la colaboración que estableció, precisamente, con Adolfo Sánchez Vázquez, “con quien surgió muy pronto un rico diálogo filosófico y político, base de una amistad que ha sido un tesoro para mí a lo largo de todos estos años”. Nos recuerda, también, su primer encuentro “aunque muy breve” con Ferrater Mora: “después de oír una ponencia suya, que fue asimismo el principio de una fecunda amistad e intercambio de ideas, que se estrechó en años sucesivos, hasta la muerte de Ferrater”¹³.

Sin embargo, en España estos encuentros se produjeron en fechas ya más avanzadas. Sabemos que Sánchez Vázquez dio una conferencia en la entonces joven Universidad Autónoma de Madrid (4 de mayo de 1978); Eduardo Nicol dio, también, una conferencia en la misma universidad el 18 de enero de 1979. Seguramente ambos fueron invitados por los jóvenes filósofos que se acababan de incorporar a un departamento renovador, dirigido, precisamente, por el profesor Carlos París.

¹² Pérez Galdós, B., “Prólogo” a Salaverría, José María, *Vieja España*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1907, pp. XXXIV-XXXV.

¹³ París, Carlos, *Memorias sobre medio siglo. De la Contrarreforma a Internet*, Barcelona, Península, 2006, pp. 201-202.

En otros casos, sin embargo, los primeros contactos estuvieron rodeados de ambivalencia. Este fue el caso de Julián Marías, quien nos ha dejado testimonio de su reencuentro con Gao también como fruto de su primer viaje a México. De sus palabras podemos deducir sentimientos contradictorios pues nada pasa sin dejar huella en las personas: “Nunca había comprendido del todo sus afiliaciones políticas, ni su participación en la Universidad de Madrid en tiempo de depuraciones, incluso la de su querido maestro Manuel García Morente y la de Ortega, pero para mí todo esto contaba mucho menos que su valor intelectual, la gratitud por sus enseñanzas, su calidad humana, la amistad que nos había unido”¹⁴.

Y así podríamos ir repasando algunos otros testimonios que nos indican que, efectivamente, los puentes nunca se interrumpieron del todo, y es lógico que así fuera pues los recuerdos no pueden ser borrados de manera radical ni siquiera por una guerra pero los reencuentros fueron, al principio, muy difíciles, casi al borde de lo imposible.

La fractura se notó también en el interior. Así sucedió con el propio Ortega y su obra o con la recepción de la obra de Unamuno. Recuérdese que todavía el 19 de septiembre de 1953 publicaba el obispo Pildain su famosa carta pastoral contra “Don Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías”¹⁵; y la revista *Pensamiento* recogía en su número 50 de 1957 que el *Osservatore Romano* de 31 de enero de ese año publicaba el decreto de la “Suprema Congregación del Santo Oficio” incluyendo en el Índice diversos libros de Unamuno. Esto nos permite recordar cuál era aún el contexto hasta pocos años antes de que comenzara el Vaticano II, casi dos décadas después de terminar la guerra.

Así pues, la recepción de los pensadores del exilio, con anterioridad a finales de los 50, fue realmente difícil. Y eso nos obliga a ubicar correctamente el artículo de Aranguren (1909-1996)¹⁶ y su figura durante este primer periodo, teniendo en cuenta que él mismo no se incorpora a la universidad (a la cátedra, propiamente) hasta 1955. José Luis Aranguren vino a ser una figura clave por cuanto es el discípulo de aquella generación que enseñaba en los años 30 en la Facultad de Morente/Ortega/Zubiri, que se incorpora a la universidad como filósofo propiamente hablando, justamente en la segunda década, tras la guerra civil.

Así pues, en mi opinión, José Luis Aranguren vino a ocupar, por razones de edad, después de haberse formado en Filosofía justamente en los años de la República y de licenciarse en Derecho, un lugar tan imprescindible como propio de la línea de flotación donde se han batido todas las contradicciones. Era, pues, un testigo privilegiado de aquellos maestros y de su papel en la recepción del exilio filosófico; ha sido tan problemático, inevitablemente, como imprescindible. Él y Enrique Tierno Galván habrían de jugar un papel muy sutil en el Instituto de Estudios Políticos y en la Revista del mismo nombre¹⁷. Está por realizar un estudio detallado de este grupo al que vinieron a parar destacados discípulos de Ortega que habían evolucionado hacia posiciones fascistas que pronto cayeron en la cuenta de que el Régimen duraría más de lo esperado y eso les condujo a un planteamiento que he llamado *funcionalización* del Régimen, expresión que necesitaría una explicación más larga de la que aquí puede darse.

¹⁴ Marías, Julián, *Una vida presente. Memorias*, Madrid, Páginas de Espuma, 2008, pp. 420-21

¹⁵ Puede leerse en el volumen coordinado por Pedro Ribas, *Unamuno y Europa. Nuevos ensayos y viejos textos*, Madrid, UAM, 2006, pp. 259-266.

¹⁶ Aranguren, J.L., “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38, 1953

¹⁷ Sesma Landrín, N., *Antología de la “Revista de Estudios Políticos”*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

Sirve esta referencia para darnos cuenta de una de las claves que nos permiten ver la distancia que se abrió ya hacia 1932, luego agudizada, muy agudizada durante la guerra cuando Zambrano publicó en Chile “Los intelectuales en el drama de España” y su “Carta a -(contra)- Marañón”. Ahora, después de la guerra y con los intelectuales ya “divididos”, pero no con tanta seguridad “separados”, como indicó el propio Aranguren, estaban “unidos en esa peculiar forma de “estar juntos” que es la lucha”. ¿Quiso decir resistencia? Nos gustaría que así pareciera sugerirlo. La dificultad residía, inevitablemente, en la radical diferencia entre la situación política en España, anacrónica al haberse autolegitimado en la unión de las armas y las letras como el viejo discurso de Don Quijote, de conciencias atadas, como antes señalábamos, y aquella otra a la que habían venido a parar, cada uno de ellos, los exiliados, los más significados en América. Casi todos ellos provenían de la órbita de Ortega pero, ahora, unos estaban dentro y otros fuera. Y la verdadera distancia entre aquellos que directamente, o indirectamente, se habían formado en la órbita de Ortega y que ahora estaban dentro y fuera era, precisamente, la percepción que tenían de la propia ESPAÑA, de EUROPA y de AMÉRICA.

Para fijar bien las posiciones de los años 40 habría que hacer un estudio comparativo entre lo escrito por María Zambrano, José Gaos, Eduardo Nicol, José Ferrater o Joaquín Xirau, es decir, los textos publicados en América y los artículos publicados dentro de España por quienes vinieron a formar parte del Instituto de Estudios Políticos, al que nos referíamos anteriormente, en la España de Franco, y comenzaron a publicar en su revista a partir de 1941 y durante la primera década hasta el artículo de Tierno: “Hombre, humanidad y humanismo” (1950) que marcó un giro interesante y que indicaba ya por dónde iría la acción que llevó a cabo el viejo profesor en la Universidad de Salamanca.

Si todavía en 1966 confesaba José Luis Abellán que no había podido consultar *Filosofía y Poesía* de Zambrano, es loable, muy loable, el conocimiento que Aranguren muestra tener de la producción exiliada en un año tan temprano como 1953 y con él viene a revalorizarse la función de *Ínsula*, librería, tertulia y revista, esta desde 1946, a la que estuvo muy vinculado el propio Aranguren y en la que publicó más de una docena de artículos.

En los años 40 apenas hay rastro del exilio en la España de la posguerra: la noticia sin reseña de *La agonía de Europa* de Zambrano en *Ínsula* (n. 12, 1946); y las referencias a Gaos y Ferrater en la *Historia de la Filosofía* de Julián Marías (1941) pero sin mención a María Zambrano como tampoco lo hará en su *Filosofía española actual* (1948). Salvo que haya más cartas de las conocidas, excepto las familiares que lógicamente y aun con las dificultades de la situación (p. e. las que María Zambrano cruzó con su tía, la madre de los Tomero Alarcón, maestra en un pequeño pueblo de Segovia), las que conocemos mantenidas con intelectuales del interior son ya de los años 50. Las que hemos publicado con Pablo de Andrés comienzan en 1957 y deben ser de las primeras con la España interior, ya no de carácter estrictamente familiar; las de Jacobo Muñoz, interesantes, son de comienzos de los sesenta; las dos que poseo de las mantenidas con José Luis Abellán son también más tardías, la primera con motivo de la publicación de *Filosofía española en América* (1967) y la segunda por encargo como homenaje a sus viejos profesores del Instituto de Segunda Enseñanza en Segovia, algunos ya fallecidos (1984), muy poco antes del regreso a España; las mantenidas con Juan Fernando, publicadas no hace mucho, son de finales de los setenta; y las mantenidas con Andreu lo son de comienzos de esa década. Solo el epistolario con Cobos está casi completo en ambos sentidos¹⁸.

¹⁸ Andrés, Marisol y Mora García, José Luis (eds.), *o.c.*, nota 2.

De ser cierto lo señalado por Feliciano Blázquez en *José Luis Aranguren. Medio siglo de Historia de España*¹⁹, habría sido gracias al nombramiento de Ruiz Giménez como ministro y al de Laín como rector de la Universidad Central cuando “se comenzaron a reivindicar los nombres de Unamuno y de Ortega, y se estrechó el diálogo con los intelectuales en el exilio”, si bien, el propio Feliciano Blázquez apostilla que “aquella primera apertura político-cultural, muy pronto fallida y más ilusoria que real, se encontró de inmediato, con la sorda conjura, luego creciente, de la hostilidad derechista...” (p. 134). Del destino de algunas obras de Unamuno ya hemos dado cuenta, aparte la más que discutible recuperación realizada por Laín sobre el 98²⁰; y lo mismo podemos decir sobre la herencia de Ortega sobre la que hay ya muchos estudios. Su ubicación y recepción marcó posiciones en la España interior y, también, sobre los exiliados. Es decir, que Ortega y Gasset era el puente desde el que se explicaban otras figuras que, a su vez, contribuían a explicar la posición del propio Ortega pero todo eso fue muy complicado durante largo tiempo²¹ porque la apropiación del concepto de verdad sobre la patria impedía su reconstrucción total.

Así, por ejemplo, las reacciones católicas son bien conocidas respecto de Ortega. Menos lo son el respeto y la crítica de personas tan independientes como Pablo de Andrés Cobos, lector y seguidor de su obra mucho antes de la guerra, promotor con Norberto Hernanz y Rubén Landa de la sesión en Segovia en febrero de 1931 de la presentación de la “Agrupación al servicio de la República”, crítico con su trayectoria personal y política, asistente a los cursos del Instituto de Humanidades y autor de un “Ortega en mi recuerdo” bien interesante²². En realidad, aunque escrita esta reflexión algunos años después, se refiere justamente a los finales de los cuarenta. En él dice que, a su vuelta del exilio de Estoril,

(...) anduvo por aquí en aquel tiempo tan perdido, tan deslumbrado como las perdices en la nieve reverberante. La imagen la captarán bien los pastores y los cazadores furtivos. La invitación al diálogo que hizo a la juventud de la posguerra no tenía respuesta posible, y lo sabíamos todos, él excluido, único. Era una declaración expresa de su ignorancia de la guerra civil, era también su ignorancia de que él, Ortega, que motorizó a la República, estaba entre los vencidos. Dos ignorancias clarísimas que uno –concluye– no acierta a comprender en una mentalidad esclarecida.

Y dice esto porque más adelante afirma que “Ortega fue buen estudiante y fue un excelentísimo profesor. En él está –dice Cobos– el fundamento primero del gran florecimiento de la filosofía española, con la eficazísima colaboración de García Morente; florecimiento que encarna la generación inmediata a Zubiri y Gaos en la cabecera.” Pero, concluye:

¹⁹ Madrid, Ed. Ethos, 1994

²⁰ Laín, P., *La generación del noventa y ocho* Madrid, Austral, 1947.

²¹ Martín Puerta, A., *Ortega y Unamuno en la España de Franco. El debate intelectual durante los años cuarenta y cincuenta*, Madrid, Encuentro, 2009.

²² Andrés Cobos, P. de, *Juicios y Figuras*, Madrid, ancos, 1971. Mora, J. L.; Gordo, G.; Andrés, S. de, “Correspondencia: Rubén Landa Vaz y Pablo de Andrés Cobos (1929-1973)”, *Estudios Segovianos*, LV, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2013, pp. 437-489; Mora García, J.L.; Nogueroles, M.; Andrés, M. de, “Encuentro en la persona y obra de Machado: cartas de Pablo de Andrés Cobos y David García Bacca”, en Rivera, A. y Villacañas, J.L., *Gonzalo Díaz y el archivo de la filosofía española*, Murcia, Edit.um, 2013, pp. 257-302; Mora, J.L.; Hermida, F.; Andrés, S. de, “En torno a Ortega y Gasset, Machado y Zubiri: epistolario de Pablo de Andrés y Norberto Hernanz”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 16, Madrid, 2011, pp. 95-144.

(...) la verdad es que en aquella ocasión, año 1949, a diez años de la guerra civil cualquier espíritu sereno, objetivo hubiera comprendido la imposibilidad de que Ortega pudiera llegar a decirnos lo que era el Estado, en su pensamiento, y mucho menos, lo que era la política, en su parecer, pues las dos cosas tenían definición oficial, dogmática, ortodoxa, la heterodoxia excluida. Y mucho menos un concepto del Estado y de la política que pudiera tener práctico sentido en la hora de España, que era lo verdaderamente interesante, para él y para el auditorio.” Y ello por dos ignorancias: “la primera ignorancia gorda, crasísima, de Ortega fue el proletariado. Don José Ortega y Gasset, profesor de Metafísica y parlamentario circunstancial, no tuvo ninguna conciencia viva de un proletariado existente como fuerza social máxima, el grupo de presión más poderoso de su hora. Nunca el proletariado estuvo en la mente de Ortega como un tu participante en el diálogo político.” (...) “La segunda ignorancia de Ortega no es de un elemento activo, sino pasivo, resistente, pero de reciedumbre equivalente. Ortega no conocía la realidad descarnada de nuestro campo. No podía tener conciencia de que nuestros pueblos estaban verdaderamente perdido en la llanura...”²³

Había, a nivel intelectual, otras dos formas de aproximación a Ortega: una más venerativa, bien delimitada, y otra más crítica en la que puede situarse a José Luis López Aranguren. Entre ambas se situó la revista *Ínsula*, fundada en 1946, que continúa hoy en día y de la que José Luis Cano fue *alma mater* con dos secciones fijas: “Los libros del mes” y “Flecha en el tiempo” como más adelante comentaré. A ella dediqué ya un largo estudio y resumiré aquí algunos datos de mayor interés para el tema que abordamos en este texto²⁴. Fue el órgano difusor del orteguismo interior y el puente con el orteguismo exterior, fuera este más o menos ortodoxo o heterodoxo. Y junto a esta revista, la más oficialista *Cuadernos Hispanoamericanos*, la gemela española de *Cuadernos Americanos* en la que publica Aranguren el temprano artículo mencionado que tanto juego ha dado: “La evolución de los intelectuales españoles en la emigración”.

Ni siquiera podía nombrarse el término *exilio*. Antes de referirse a nombres concretos y hacer alguna concesión al Régimen al sostener que “la guerra civil fue impuesta por el Destino y era tan inevitable como el desenlace de una tragedia antigua, la tragedia de España, que nos envuelve a todos, aun a los “inocentes”²⁵ en un “pecado original” por el que vencedores y vencidos estamos siendo igualmente castigados en nuestra conciencia”, hacía Aranguren estas dos importantes afirmaciones: 1. “Tenemos, pues, que contar con los emigrados españoles”²⁶; 2. “Este artículo quiere ser, ya lo hemos dicho, diálogo. Ahora bien: en el diálogo importan dos dimensiones diferentes: el “hablar por hablar”, es decir, el simple acto de comunicarse, y aquello “de que se habla”. Nosotros nos acogemos a lo uno y a lo otro. Queremos hablar con nuestros compatriotas los intelectuales emigrados; pero queremos, al par, hablar precisamente de los emigrados”²⁷.

Trataba de marcar una actitud positiva y contribuía a hacer justicia con los exiliados pero la dificultad más profunda residía, ya durante esos años y acentuada en los siguientes, en la actitud de los entonces jóvenes intelectuales españoles que podemos caracterizar con estas palabras de Dionisio Ridruejo:

²³ Andrés Cobos, P. *Ib.*, pp. 39 y 40.

²⁴ Mora García, J.L., “El significado de la revista *Ínsula* en la cultura y la filosofía españolas del último medio siglo (1946-2000), en Melly del Rosario (ed.), *Pensamiento español y latinoamericano I*, Universidad Central de Las Villas (Cuba), 2006, pp. 79-112. Puede verse en www.cervantesvirtual.com

²⁵ *Ib.*, p. 137.

²⁶ *Ib.*, p. 125.

²⁷ *Ib.*, p. 128.

Los jóvenes escritores comenzaron a viajar hacia 1950 y volvieron de sus viajes, críticos y seguros con su nuevo bagaje. Puede decirse que el movimiento intelectual se ha hecho ya más de la época que de la nación y ello es, en muchos modos, saludable. Nuestros abuelos del 98 estuvieron tanto en la nación como en la edad. Sus hijos y nietos vanguardistas se inclinaron con preferencia por la segunda dimensión” (...) “Vuelve a haber –es lo que quiero señalar– internacionalismo y futurismo como lo hubo ya en los años 20, aunque con apunte a otras metas, se valga de otras inspiraciones y adquiera con frecuencia una inclinación a totalizar con mayor coherencia y también con mayor simplificación, el orden de la cultura²⁸.

Así pues, cuando unos, los exiliados, querían volver [entrar] y no solo física sino mentalmente, otros, los interiores, querían salir [marcharse] y no solo mental sino físicamente.

¿Cómo podía articularse entonces lo que ya Rubén Landa había expresado antes de su exilio, muy en línea con Ferrater Mora, ambos teóricos del integracionismo? ¿Cómo reconstruir lo que se había roto con la guerra cuando unos –los de dentro– querían buscar la dimensión internacional y quienes habían sido expulsados deseaban recuperar la vivencia nacional? La verdad era lo que les separaba. Por eso la dificultad era tan grande y, sin embargo, ahí se concretó un punto de experiencia común en el querer salir de unos y el querer regresar de otros donde tomaron verdadera conciencia de lo que se había roto, ya que, dicho en palabras del propio Landa, “no hay modo de llegar a conocer y sentir los problemas internacionales si no somos capaces de sentir los del país en que vivimos.” Dicho más concretamente: “Debemos esforzarnos por demostrar de qué modo la vida de todos los países, en el pasado como en el presente, es un acto de la cooperación humana que solo en la paz es posible²⁹”. O con palabras de Ferrater en su libro *Reflexiones críticas sobre la cultura catalana* (1983) y aplicadas al contexto del que hablamos: “que una cultura es necesariamente cultura de una comunidad, porque no existe como abstracción que circule por el éter sino que requiere circuitos, instituciones, tribunas, instrumentos, personas. La idea misma de cultura universal es una quimera, una entelequia retórica si no está vinculada a la comunidad que la engendra o la asume. Lo único capaz de adquirir el estatuto de universal es aquello capaz de interesar a otras culturas, que son necesariamente culturas particulares. O dicho igualmente con estas otras palabras suyas: “no hay valores universalizables que no procedan de una cultura particular: las formas de universalidad se alcanzan a partir de la cultura particular, y aquello que merece ser llamado universal es aquello que pueda ser valioso para otra cultura, la transparticularidad de estos o aquellos rasgos o actividades culturales.” Y, todavía, años después, en la sesión de investidura como *Doctor honoris causa*, apostilló: “Solo la gente culturalmente débil, o insegura, será radicalmente incapaz de adaptarse, o al menos, de abrirse, a otras culturas. Solo la gente

²⁸ Ridruejo, D., *Casi unas memorias*. Ed. de Jordi Amat. Barcelona, Península, 2012, pp. 458-459. Con Dionisio Ridruejo, antiguo falangista, jefe de propaganda durante la guerra, fallecido en junio de 1975, poco antes que Franco cuando era ya un opositor activo y radical del Régimen asistimos a otro fenómeno: los encuentros de los exiliados con los representantes del franquismo en organismos internacionales. Eso sucedió, por ejemplo, en Ginebra y también en Roma. Así, por ejemplo, el propio Ridruejo se encontró con Zambrano en Roma; Duque lo hizo en Ginebra. Su escrito semibiográfico, *Mano en candela* (Valencia, Pre-textos, 2002), muestra el viraje de última hora, tosco y desabrido, cuando las 25 cartas o tarjetas postales que se conservan en la Fundación dirigidas por el propio Aquilino a María Zambrano a lo largo de veinticinco años (1965-1990) muestran un tono familiar y amable. Las viejas heridas no dejaban de estar abiertas.

²⁹ *Heraldo Segoviano*, 22/7/1928.

culturalmente insegura, o débil, olvidará su cultura propia”³⁰ (1988). María Zambrano, en la carta a Abellán, se lo decía con otras palabras:

Queda bien claro que hoy día, hace años hay gentes de vocación filosófica en España que van a estudiar a... donde pueden para enseñar y escribir después... en donde pueden. Esos que nos siguen no han sido ya formados en España [fundamentalmente] por maestros españoles. Que contraste entre por ejemplo Gaos y yo misma, los dos productos indígenas por así decir, “Made in Spain”, lo que quiere decir simplemente que se podía estudiar filosofía entre nosotros, que teníamos padres, hermanos. Es simplemente atroz que las nuevas generaciones tengan que emparentarse con Heidegger, Sartre, Jaspers... Comprenderá Ud. que este lamento no quiere expresar un sentimiento nacionalista, ni casticista. El pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega naturalmente desde una tradición. En fin, de lo que se trata es de que España esté dejando de ser una Patria para convertirse en un simple lugar donde nacen personas de valor. La Filosofía como Ud. bien señala tuvo una función hacedora de España. Y en este sentido es muy justo que me entronque Yd. Con Ortega y aun con la Institución de la que tantas cosas me separan y me separaron siempre, pero a la que siempre me sentiré unida por eso: porque quiso hacer patria con el pensamiento.

Paradójicamente, -más que bien lo vimos y sentimos y en consecuencia actuamos- los nacionalismos han terminado con las patrias, en conjunción, claro, con otras fuerzas allanadoras de lo mejor de la condición humana. Decir patria es decir libertad, intimidad, arraigo, universalidad (La Piece, 27 de febrero de 1967).

Efectivamente, al tomar conciencia de nuevo de cómo esto era lo que verdaderamente se había roto hacía muy difícil reconstruir una memoria comprensiva como la denomina Colmeiro³¹ y eso hizo tan problemática, casi al borde de lo imposible, como hasta hoy podemos constatar, la reconstrucción. Ya el propio Colmeiro señala que “el gran tabú colectivo de la transición, y aquí –enfátiza– vamos a transgredir la ley del silencio, es que la sociedad española todavía no ha reconocido su complicidad con el franquismo, su “pecado de omisión”, según la acertada expresión de Ana María Matute, prefiriendo el simulacro de la amnesia colectiva. Por todo ello el retorno de lo reprimido [de los reprimidos, podríamos añadir] se vuelve más visible, pero también menos operativo”³². Es decir –completaba su juicio–, hay muchos actos externos, “museística, celebratoria y antológica” pero todo ello es “prueba evidente de la debilidad de la memoria y la fragilidad y fragmentación de la identidad cultural”³³. Es decir, que esa fractura que el exilio produjo no ha sido suturada y de esta manera la patria *verdadera* sigue sin construir.

En la dificultad de la empresa deben situarse los tanteos. Hemos hablado del intento de Aranguren y de algunos otros con las limitaciones, incluidas las que a nosotros nos pueden parecer contradictorias. Así la de Marías, tal como él mismo cuenta su propia reacción al llegar a Estados Unidos, en su primer viaje, hacia 1952, al leer el artículo de Robert Mead en *Books Abroad* que consideró “inexacto y desorientador” y le llevó a escribir otro, “España está en Europa”. En esta respuesta “mostraba cómo la emigración había sido todavía mayor que lo que el autor americano decía; más importante aún, y, por tanto, mayor la pérdida para España; pero que, a pesar de ello, el volumen máximo de creación había

³⁰ Ambos textos recogidos en la edición de Jordi Gracia: Ferrater Mora, J., *Variaciones de un filósofo. Antología*, A Coruña, Ediciones do Castro, 2005, pp. 48 y 50.

³¹ Colmeiro, José F., *Memoria histórica e identidad cultural. De la posguerra a la postmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 2005, pp. 17-18

³² *Ib.*, p. 32.

³³ *Ib.*, p. 33.

quedado en España, y además la nación se reproduciría y renovarí, mientras que esto no podía darse en la emigración; que, además, había comunicación; que en España se conocía casi todo lo importante que hacían los exiliados –¿quién pone puertas al campo?, preguntaba– Y se respondía a sí mismo, y a quien deseara escucharle, que, a pesar de todo, España está en Europa”³⁴.

Años más tarde, José Carlos Mainer, comentando esta polémica de 1952-1954, señalaba cómo Marías minimizaba “el problema de la censura, negando el presunto olvido de los desterrados y saliendo por los fueros de la actividad cultural de la España de entonces”³⁵ aunque no dejara de reconocer el valor intelectual de los exiliados. Más contundente aún se ha mostrado Fernando Larraz al valorar este artículo de Marías del que critica abiertamente su programa como de “asepsia política, [como] marco que se ofrecía al exilio para entablar una relación fructífera con los intelectuales del interior”³⁶.

Es, pues, claro que fue a comienzos de esta década cuando se movieron las primeras voluntades en un intento por crear estados de ánimo más positivos, para generar confianza. Así pues, además del texto de Aranguren, ya citado, que se movía en el filo de superación de la contradicción radical que había llevado al rompimiento de la patria verdadera hemos de traer aquí, también, el artículo de Ridruejo, muy recordado y citado: “Excluyentes y comprensivos”, publicado en *REVISTA*, Barcelona, abril de 1952. Tenía, igualmente, voluntad de reconstrucción aunque chocaba con las mismas dificultades. El mismo título alude a dos posiciones muy marcadas que propone superar: la revolución y la reacción desde una convicción:

El cómo se defiende, se sirve y se proyecta en el porvenir una fe, una civilización y una patria tienen otra vez importancia decisiva. Porque ahora no se trata ya del *qué*, sino del *cómo* –el *qué* se supone dilucidado y a salvo-. Perjuicio de que el *cómo* influya decisivamente en nuestra inteligencia de *qué*. (...) “Porque para quienes creen que existen el problema y los problemas –el religioso, el social, el histórico- la cosa es diferente. La razón del adversario resulta importante y la comprensión del adversario –si ya su conversión no fuera un deber de caridad- resulta obligatoria. Porque de lo que se trata es de resolver y superar los problemas y el hecho mismo de tener, en ellos, adversarios es parte sustancial del problema mismo.

Y por eso añadía:

...para el reaccionario toda acción encaminada a definir un problema español es una traición. Para el español abierto a la Historia toda tentativa es un precedente de la propia intención. Se siente heredero de todos esos precedentes, aun de aquellos que en el orden ideológico o positivo son más opuestos a sus creencias. Por eso se siente inclinado a salvar todo lo salvable, a incorporar todo lo positivo y valioso; a asumir todo fragmento de verdad. Su tradición es de intentar devolver a España a una plenitud histórica: a la del siglo que vivimos con todas sus consecuencias. Su

³⁴ Se refiere al artículo “Dictatorship and Literature in the Spanish World”, *Books Abroad*, vol. 25, 3, 1951. Citado en Mora García, J.L., “La recepción del pensamiento filosófico del exilio en España. Una aproximación” *Daimon*, nº 50, mayo-agosto 2010, Universidad de Murcia, pp. 77-104

³⁵ Mainer, José Carlos, “El lento regreso, textos y contextos de la colección ‘El Puente’ (1963-1968)” en Aznar Soler, Manuel (Ed.), *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional*. Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995, I, Barcelona, GEXEL, 1998, p. 396.

³⁶ Larraz, Fernando, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 133. Todo el libro constituye un riguroso análisis de las posturas mantenidas desde la España interior hacia el mundo del exilio, especialmente el capítulo “El proyecto comprensivo aplicado al exilio”. Crítico aunque sin romper los puentes se había mostrado Guillermo de Torre en el artículo publicado en la revista *La Torre* de Puerto Rico (1953). Recogido en la antología de Domingo Ródenas, D., *o.c.*, pp. 201-217

“método” es de absorber, asimilar y “convertir” a todo lo español y a todo español que tenga conciencia de serlo y haya hecho un poco más grande a España, a la de ahora.

Concluía con las siguientes palabras: “asumir e incorporar los valores del adversario – absoluto, relativo, grande o pequeño– es, en todo caso, menos peligroso que aplastarle o echarle al fuego con su razón entera”³⁷. Quizá lo más importante de estas afirmaciones es lo temprano de la fecha. Si el testimonio de Aquilino Duque es fiable, esta propuesta podría haber surgido de la conversación que el propio Ridruejo habría tenido con María Zambrano en Roma (debió ser durante el periodo en que Ridruejo estuvo de corresponsal en Roma en 1949 coincidiendo con la primera y más breve estancia de la filósofa en la ciudad eterna). De este encuentro dice lo siguiente: “Si en La Habana fue Foxá quien llamó a Misericordia (nombre fingido de María Zambrano), en Roma lo hizo Dionisio Ridruejo. Dionisio estaba en Roma (finales de 1948 hasta 1951 de corresponsal de prensa de la agencia Pyresa³⁸), y Misericordia y Amaranta (nombre supuesto de Araceli) acababan de llegar de Cuba.” (...) Habrían sido invitadas a un recital de Victoria de los Ángeles que presentó Federico Sopena. Según cuenta Duque, Zambrano, a la finalización de esta presentación habría comentado: “...para que las heridas de España se cerraran, todos los españoles, de uno y otro bando, deberían ponerse de rodillas y pedir perdón”³⁹.

Hasta aquí estos primeros esfuerzos de reconstrucción de carácter individual que buscaban ir al fondo del problema pero quedaban lastrados la naturaleza misma de la ruptura y la apropiación del concepto de verdad por parte de los triunfadores.

En un orden apenas comprometido pero que, al menos, servía para evitar el olvido en 1956, Adolfo Muñoz Alonso daba cuenta en *Expresión filosófica y literaria de España* de “los discípulos de Ortega”. Citaba los nombres de Marías, Gaos, Ferrater Mora, Nicol, García Bacca, María Zambrano y Granell, sin hacer ningún juicio⁴⁰. Y, aunque publicado en 1959, parece que su primera redacción lo fue de 1954 *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo* dirigida por Sciacca, quien habría encargado a Muñoz Alonso el capítulo dedicado a “España” y en él hay una parte donde se da cuenta del “orteguismo” y de los exiliados sin señalar expresamente que lo fueran y, entre ellos, a María Zambrano (por cierto con un error en la fecha de nacimiento) y a los más importantes filósofos de la órbita orteguiana⁴¹. Se trató, como decíamos anteriormente, de un acercamiento no desdeñable pero de una naturaleza diferente a los mencionados hasta ahora.

El esfuerzo iniciado en fecha temprana, y como proyecto más colectivo, lo llevó a cabo *Ínsula*, como señalábamos anteriormente. El impulsor desde temprano fue José Luis Cano acompañando a Enrique Canito, aquel liberal acusado de no ir a misa que había hecho un lectorado en París y aprendido cómo esas revistas de libros ejercían una labor de mimbrado en la sociedad, estableciendo relaciones entre escritores y lectores

José Luis Cano traía ya de Algeciras ese carácter en ciernes, conformado por el aprecio a lo lejano y a lo próximo, por la generosidad y la timidez, que con la inmersión en el mundo de los poetas le condujo poco a poco a la in-conformidad, a ser un in-conforme, dicho de alguien que no se adapta del todo a ninguna forma, bien distinto del dis-conforme,

³⁷ Ridruejo, D., “Excluyentes y comprensivos”, *Revista*, Barcelona, 17 de abril de 1952

³⁸ Penella, D., *Dionisio Ridruejo, poeta y político*, Salamanca, Caja Duero, 1999.

³⁹ Duque, A., *o.c.*, p. 213.

⁴⁰ Muñoz Alonso, A., *Expresión filosófica y literaria de España*, Barcelona, Juan Flors editor, 1956, p. 131

⁴¹ Muñoz Alonso, A., “España” en Sciacca, M.F., *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*. Madrid, Guadarrama, 1959, pp. 392-405.

es decir, aquel que está falto de acuerdo y de conformidad con las demás personas e incluso con las cosas. Nunca podría haberse dicho esto último de José Luis Cano pero sí lo primero, pues el in-conforme que, por no adaptarse del todo a ninguna forma, no renuncia a casi ninguna o es capaz de conformar con muchas, incluidas las de aquellos que “están entre dos siglos” o son “heterodoxos y prerrománticos” o se refugian en una “Ínsula” o en torno a la mesa camilla de la calle Velintonia (en la casa de Vicente Aleixandre), terminan por ser el nudo en torno al que se articulan grupos humanos enteros sobre todo en épocas de resistencia. “Hicimos”, “ha venido fulano y ha dicho...”, “nos han prohibido...”, “han clausurado...” etc. Son esas “apuntaciones”, entre el apunte, el punto y el puntazo sobre la realidad, que han venido a ser ese pequeño tesoro de *Los cuadernos de Velintonia* cuya edición completa de 2002 debemos a Alejandro Sanz⁴². Quizá son la expresión de una parte de la oposición de “mesa camilla” al franquismo, poco para unos y bastante para otros. Mucho de intrahistoria tiene esta historia doméstica que no fue pequeña aunque tuviera por escenario una pequeña habitación. Seamos justos al reconocer la dificultad de los tiempos y porque no era una historia que se clausuraba entre las cuatro paredes sino que se proyectaba hacia la realización de empresas culturales de envergadura y luego encontraba en el pequeño grupo el ambiente necesario para limpiar las pequeñas impurezas del roce cotidiano.

Impagable el esfuerzo de José Luis Cano para conocer biografías iniciales de personas que luego ocuparían lugares relevantes y por darnos a conocer sus pronunciamientos y actitudes pero, sobre todo, sus propios temores, angustias, recelos, problemas para editar y para resistir a un poder autoritario. ¡Cuántos detalles encontramos ahí, contados sin perder el sentido de lo humano, manteniendo la finura de espíritu sin perder, en este caso, el sentido del humor y ese punto de pequeña maldad sin la cual moriríamos de aburrimiento. Los amores, platónicos o reales, los pequeños orgullos heridos cuando no llegaba el éxito esperado de una obra, la resistencia cuando se imponían nombres poco deseados para las vacantes de la Academia o la búsqueda de apoyos para que *Ínsula* volviera a ver la luz como sucedió con la decisión tomada por Juan Beneyto, nuevo director de prensa a finales de 1956. Desde esa atalaya, a modo de balcón, podemos recordar el entierro de Ortega y los primeros movimientos estudiantiles que se desarrollaron a continuación. Otros muchos detalles sobre pequeñas publicaciones como *Aldebarán*, también prohibida –creo que en este caso incluso secuestrada antes de salir– como lo fue *Ínsula*, por ser demasiado liberales y orteguianas. En esas cuatro paredes una cosa queda como segura: que el espíritu de los *inconformes* es más resistente a las presiones autoritarias de lo que se cree. O dicho de otra manera: que el espíritu no es vencido con facilidad como difícil es vencer a la literatura y, si se me apura un poco, más aún vencer a los poetas precisamente por ser frágiles.

Así pues, *Ínsula* dio pronta consistencia a su proyecto intelectual que adquirió desde aquellos mismos años un sentido, por igual, estético y moral, dotado de consistencia y largo recorrido en mantener contactos con los exiliados y su obra.

Siguiendo el diagnóstico de Ridruejo debemos decir aquí que la propuesta de *Ínsula* abogó por la edad y por la nación. Ni renunció al cosmopolitismo ni a la tradición nacional. Era esta una cuestión que afectaba no solo a la cultura sino a la vida política y a la convivencia que se intentaba restablecer. Mas la consecución de este objetivo requería abordar otros dos: recuperar la tradición nacional perdida y derrotada, es decir, la liberal; y

⁴² Había una edición anterior: Barcelona, Seix Barral, 1986. La mencionada aquí corresponde a la publicada en Algeciras por la propia Fundación José Luis Cano en 2002.

recuperar la obra y las personas de quienes se habían visto obligadas a exiliarse. En definitiva, construir la patria verdadera pero desde parámetros que permitieran recuperar el exilio en vez de producirlo. Un proyecto de gran entereza y consistencia desde la función conferida al arte y, más concretamente, a la literatura. Consistía en poner la literatura al servicio de una verdad omnicomprendiva que generara esperanza. Esta habría de ser la palabra clave.

Aquí cristaliza, en mi opinión, ese primer significado de la revista: rehumanización desde la estética (finalidad ética del arte a la que se alude en distintos momentos) en cuyo proceso se incluye también a la ciencia; y reunificación de España superando cualquier nacionalismo de vuelo rasante en el contexto de una concepción de la cultura al tiempo normativa y plural, respetuosa con las tradiciones y cosmopolita.

Para cumplir con este objetivo: recuperar lo destruido, José Luis Cano se apoyó en el “orteguismo” interior, es decir, en quienes habían quedado en España: Julián Marías, José Luis Aranguren, Paulino Garagorri, entre otros. Y con ellos quienes venían a continuación: José Luis Abellán, Javier Muguerza y algunos otros. Con este soporte inició una labor continuada de estudio de toda la “edad de plata de la cultura española”, es decir, del periodo que va desde Benito Pérez Galdós, pasando por la Institución Libre de Enseñanza, con especial atención a Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío, y por el 98, con Unamuno como referente hasta Ortega y la generación del 27, convirtiendo a la revista en un lugar (*Ínsula*) indispensable para el estudio de este largo periodo de creación literaria y desarrollo del pensamiento. Me remito al artículo mencionado con anterioridad (nota 23), para concretar cuántos artículos fueron dedicados a cada autor, la secuencia de los mismos y su interés. Quede aquí el testimonio de la tradición a la que Cano, y quienes con él dirigían la revista. Esto marcó en buena medida la orientación que la revista habría de seguir con el apoyo de Garagorri en la sincera creencia –fruto de la circunstancia– de que la filosofía española se había iniciado con el propio Ortega. Esta convicción inicial se reafirmó al ser suspendida la edición de la revista con motivo del número que dedicó al filósofo madrileño en noviembre de 1955⁴³, precedido por un extenso artículo del propio Marías en el número de septiembre titulado “Realidad y ser en la filosofía española”⁴⁴. En él, Julián Marías sostenía claramente dos cosas: primero, que “la historia empieza, por supuesto, con Unamuno. Aunque –y yo he insistido largamente en ello [señalaba Marías]– Unamuno no fue estrictamente un filósofo, aunque él personalmente amaba la arbitrariedad y la inconexión, como la historia no las tolera, hay que partir de él si se habla de filosofía española en este tiempo”. Y, segundo, que “...donde el tema aparece inequívocamente y con todo el rigor es en Ortega; está preludiado a lo largo de su obra, ya desde el primer libro”. Y el tema consistía en que, “al interpretar la filosofía como algo que el hombre hace, Ortega tiene que preguntarse en qué consiste ese hacer humano que es preguntar” y en esa pregunta surge la relación del hombre con las cosas pues “vivir es, en efecto, hallarse entre las cosas y frente a ellas” como Ortega había afirmado en *El Sol* (18/1/1931). Más de sesenta

⁴³ N° 119 (noviembre de 1955). En casi todas las referencias hechas en números posteriores a la historia de la revista se recuerda esta situación que llevó a la suspensión de la misma durante un año entero. “En 1955 –cuenta José Luis Cano–, cuando murió Ortega, decidimos dedicarle un número homenaje, pese a que el Gobierno había dado consignas a la prensa de que sólo se dedicara al suceso un espacio breve y una pequeña fotografía. El número, que preparamos Marías, Canito y yo, llegó a salir, pero fue secuestrado inmediatamente. Cuando fui a protestar al director general de Prensa, que era entonces Juan Aparicio, justificó la suspensión diciéndome que *Ínsula* era una revista demasiado liberal y demasiado orteguiana, y que eso el régimen no lo podía tolerar.” N° 499-500 (1988).

⁴⁴ N° 117 (1955), pp. 1 y 9.

artículos llegó a publicar Julián Marías en *Ínsula* durante los primeros veinticinco años de vida de la revista como indicativo de esta clara línea de interpretación de la historia de España⁴⁵. Las colaboraciones de Aranguren quedaron en una quincena, aproximadamente. El primer artículo es de 1948; el último de 1989, incluyendo dos de ellos sobre Ferrater Mora.

b) Había que mirar explícitamente al exilio. Ese empeño fue realizado con intensidad. Pronto aparecen noticias sobre libros de José Gaos, sobre Ferrater Mora cuyas sucesivas ediciones del Diccionario son siempre comentadas; también sobre Joaquín Xirau y García Bacca. Fue, no obstante, María Zambrano quien tuvo una presencia más consistente en la revista. Hasta 12 artículos suyos merecieron la atención de *Ínsula*. El primero llegó con la recomendación de Luis Cernuda y se publicó en fecha bastante temprana: 1952, ocupando la primera página con una foto de la autora tal como había pedido Cernuda a José Luis Cano. Nueve artículos más se ocupan de su obra y siempre mencionando las noticias más relevantes: la concesión del premio Príncipe de Asturias y su regreso a España en 1984. No es gratuito que haya sido María Zambrano la filósofa del exilio que más presencia ha tenido en *Ínsula* pues su pensamiento encarna mejor que ningún otro lo que la revista quería ser y esa síntesis de poesía y razón era su expresión más consumada. Por lo que la poesía y la razón han simbolizado a lo largo de los siglos, su maridaje no agotaba una cuestión puramente epistémica o de teoría literaria o de relaciones entre la filosofía y la literatura sino que adquiría relevancia en el plano moral y en el político. De tal manera que su preocupación por la necesaria reconstrucción de España se completaba con su proyección europea y americana. En este sentido, la filosofía zambraniana, encarnada en su propia biografía, era expresión de la culminación del deseo e historia recordada puesta al servicio de una esperanza, por más que la primera apuesta hubiera resultado fallida.

Ínsula cumplió esa función de puente que no pudo llegar a realizar aquel otro proyecto frustrado, *El Puente*. En la pormenorizada reconstrucción que ha realizado Francisca Montiel Rayo del complejo proceso, que no llegó a culminar, le ha sido obligado remitirse a la fundación de *Ínsula* como el intento de “atenuar en la medida de lo posible los efectos de la escisión cultural producida en 1939” y cómo esta revista fue “un primer órgano de expresión en torno al cual articularse”. Y añade la autora: “Con su actitud posibilista, *Ínsula* se erigió en inicial “cabeza de puente” entre las dos Españas, un puente en cuya difícil construcción participaron en la década de los cincuenta –al producirse el reconocimiento internacional del gobierno de Franco– destacados pensadores de las dos orillas. Difícil entender libros tempranos como los de Marra López, *Narrativa española fuera de España* (1962) y de José Luis Abellán, *Filosofía española en América* (1966) sin este caldo de cultivo realimentado por las primeras visitas a España de algunos exiliados y los recuerdos de quienes aquí habían quedado, sin ese puente de la revista *Ínsula*.”

Claro es que, al tiempo que se escribían estas cosas en España, se producían reacciones como la de María Zambrano en su “Carta sobre el exilio”, ya mencionada. No debe sorprender, por ello, que la perspectiva desde los exiliados fuera mucho más cauta y, si se

⁴⁵ Será José Luis Cano quien nos cuente cómo llegó ese primer artículo a la redacción de *Ínsula*: “Pero muchos años antes, en 1952, cuando nadie o casi nadie se acordaba de María Zambrano en España, había publicado *Ínsula* en su número de enero uno de los textos más bellos de María: *Dos fragmentos sobre el amor* que nos envió Luis Cernuda desde La Habana, donde entonces vivía la escritora malagueña. Al enviarnos el texto, Cernuda me escribió estas líneas: María Zambrano ha escrito cosas magníficas y es necesario que ahí se conozcan algunas, y vosotros sois los únicos en publicarlas.” (nº 458-459, 1984).

me permite utilizar estas palabras, más pesimista. Sus palabras suenan fuertes y sin matices: “Ahora, en realidad, se nos llama ante todo a salir del exilio hasta el punto de casi ignorarlo, olvidarlo o desconocerlo”. Y un poco más adelante:

De ellos han ido saliendo con el correr de los años los anticonformistas de hoy, los que no aceptan el régimen, denominense de una u otra manera. Para ellos el exiliado ha ido dejando de existir ya, vuelva o no vuelva. Si se le concede un instante de atención ha de ser para extrañarse sin más de que siga habiendo exiliados. Y así un brote de simpatía se da en sus ánimos, por el motivo que sea, desemboca en decir: ¿Qué hacen, qué están haciendo, qué han hecho en todos estos años?⁴⁶

En carta de 29 de mayo de 1961 escribía María Zambrano, en respuesta a Jacobo Muñoz, joven estudiante de filosofía por entonces, catedrático después en la Universidad Complutense de Madrid, lo siguiente: “El vacío de la patria, dicho así, sin “patriotería” es inmenso y, sobre todo, incolmable por ninguna otra realidad. Y en ese vacío se destaca ese otro de los jóvenes que no hemos conocido, que hubiéramos de un modo u otro, conocido”⁴⁷. Esta referencia al exilio como la experiencia de lo irrecuperable se nos revela como una afirmación nacida del alma de una generación endurecida por los tiempos pero tierna al recordar lo que podrían haber sido y les fue negado aunque tuvieran posiciones sociales relevantes.

Eran los años del Congreso de Múnich, tan importantes para comprender la transición, y de los textos publicados en el “*Cuadernos del Congreso para la libertad de la cultura*”⁴⁸, y, seguramente, de muchos contactos en diversas ciudades europeas, París y Roma, principalmente según las cartas de Ridruejo recientemente publicadas.⁴⁹ Contactos que, luego, continuarían en Ginebra.

Más matizadas eran las palabras de Ferrater Mora aunque, en definitiva, terminarían por colocarse en la parte negativa del juicio. En entrevista con Marra López en la revista *Ínsula*⁵⁰ señalaba, ante la pregunta sobre las relaciones entre “los escritores españoles de uno y otro lado”, lo siguiente:

Veinte años ha todo era recelo y desconfianza, cuando no indiferencia. Era en parte comprensible, porque nadie sabía quién era quién; “los del otro lado” eran “los del otro lado del Atlántico”, cualquiera que fuese el lado. De diez, y sobre todo, de cinco años a esta parte el panorama ha cambiado mucho; el Atlántico ha dejado de ser un muro para convertirse en un puente. Si hay diferencias, no son ya geográficas.

Ello supone una mayor influencia de “los de fuera” en la vida intelectual española. Es una influencia creciente, pero todavía escasa. Muchos libros de escritores españoles en América llegan a manos de escritores españoles en España, pero ahí se quedan. *No son en muchos casos, cosa pública”, sin la cual la vida intelectual se hace demasiado tenue.*

⁴⁶ *Ib.*, p. 68.

⁴⁷ Muñoz, J., “El barro de la tierra”. Reseña a la edición de Jesús Moreno. *Antología del pensamiento de María Zambrano*, Madrid, Siruela, 1994. Y Zambrano, M., *La España de Galdós*, Madrid, Siruela, 1994. *Diario ABC*, 13.1. 1995. En la Fundación se conservan cuatro cartas de Jacobo Muñoz a María Zambrano pidiéndole colaboración para la revista *Caña Gris*. Me he permitido subrayar estas palabras de María Zambrano por considerarlas clave en la defensa de la tesis, aquí sustentada, sobre la casi imposibilidad de reconstruir, de nuevo, la patria sobre la idea de verdad, una vez esta idea había sido destrozada.

⁴⁸ Glondys, Olga, *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español*, Madrid, CSIC, 2012

⁴⁹ Ridruejo, D., *Cartas íntimas desde el exilio (1962-1964)*, Madrid, Fundación Santander, 2012. Elena Trapanese ha realizado una tesis doctoral sobre el período romano de María Zambrano en la que, sin duda, nos ofrece claves muy interesantes.

⁵⁰ *Ínsula*, N° 236-237, 1966, p. 13. Subrayo también estas palabras por considerarlas, igualmente, sustanciales.

Todavía, años después, Sánchez Vázquez decía esto:

Cierto es que no faltan, en los medios académicos españoles, las personas y los grupos que, movidos por un generoso impulso de rescatar la memoria histórica, se ocupan, sin el respaldo oficial, del exilio. Justo es reconocer aquí la fecunda y denodada labor de estudiosos como José Luis Abellán, Francisco Caudet y Manuel Aznar Soler entre otros; de esfuerzos colectivos como el del grupo GEXEL de la Universidad Autónoma de Barcelona, y de muchos empeños editoriales, como el de *Anthropos*, de salvar la “memoria rota”. Pero la tónica oficial –de ayer y de hoy, y en general compartida, contra la que tienen que bregar esos loables esfuerzos– es el silencio o la indiferencia que tan claramente se pusieron de manifiesto al conmemorarse en 1989, el 50 aniversario del exilio⁵¹.

Esta tónica se mantiene en otras revistas posteriores que fueron vehículo de las ideas de la oposición al franquismo, por ejemplo, *Cuadernos para el Diálogo*⁵², *Triunfo* o *Índice* que, como señala Mainer, “dio una acogida más significativamente política al mundo del exilio”. Por lo que concierne a los filósofos, el primer artículo habría correspondido a María Zambrano, y llevó por título bien significativamente “El espejo de la historia”; habría seguido luego una colaboración de Ferrater Mora: “Eugenio d’Ors. El sentido de una filosofía” y a esta siguieron otras de diversos escritores, poetas, novelistas, etc.⁵³. Señala Mainer que el director de *Índice*, Fernández Figueroa, se trajo de América muchas entrevistas, entre otras, una con Gaos, publicada en el n. 126 de 1959⁵⁴. De las editoriales menciona la Biblioteca Breve, impulsada por Barral; Taurus, (donde se publicó el trabajo de Gallegos Rocafull, *La visión cristiana del mundo*); Guadarrama, recordada por los libros de Marra-López y Abellán; y EDHASA, donde se incluyeron trabajos de Ferrater Mora.

Así pues, los años sesenta manifiestan importantes matices en la recepción del exilio: de una parte, la publicación progresiva de la obra; desde luego la de Ferrater y Zambrano con mayor difusión si bien en el caso de esta última se comenzó a editar por la parte “blanda”: *La España de Galdós*; *España, sueño y verdad*, etc. podríamos decir, la parte literaria. Hasta la edición de Hispamerca de 1977 no se conoció su edición chilena de “Los intelectuales en el drama de España” y la “Carta al doctor Marañón”. Los trabajos de Caudet sobre *Hora de España* son de los años 70⁵⁵.

Conocimiento, pues, trabajoso, difícil, receloso según muestran testimonios de las cartas ya mencionadas de Zambrano y Cobos. Sería muy largo comentarlas aquí pero hay referencias críticas por parte del propio Cobos al papel desempeñado durante los años sesenta en la España predemocrática por parte de los intelectuales que comenzaban a ocupar el nuevo protagonismo social. Seguramente es el texto de Cobos “Expelido”, aún inédito, probablemente escrito hacia la mitad de los sesenta, es uno de los textos más lúcidos para entender esa situación de la patria “verdadera” que creó un exilio que ahora era incapaz de reparar sino de manera muy débil. Él, aunque no propiamente exiliado, sí fue encarcelado y no volvió a su profesión de maestro. De esta manera da cuenta de su salida de la cárcel:

⁵¹ Sánchez Vázquez, Adolfo, “Prólogo” a Aznar Soler, Manuel, *o. c.*, p., 26

⁵² Muñoz Soro, Javier, *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

⁵³ Mainer, José Carlos, *o. c.*, pp. 401-02.

⁵⁴ *Ib.*, p. 402

⁵⁵ Mora García, “María Zambrano en *Hora de España*” en Larraz, F., *Estudios de Literatura, Cultura e Historia contemporánea. En homenaje a Francisco Caudet*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 231-254.

Y de la misma manera en el vagón, y en la estación de llegada... ¿Cómo encontrarme y reconocirme en aquel afuera de mi mundo?

– Señor, por favor, ¿dónde queda mi mundo, el que dejé, aquél en que tuve un sitio?

– Las guerras son duras: destruyen mundos enteros.

La verdadera angustia lo es de soledad y la angustia de soledad es el camino, o agujero, que nos lleva hacia la Nada. Sentí, como Abel Martín, que Dios no me miraba, porque no me daba ya el hombre compañía, [pág. 3] y momentos hubo en que se me hicieron ilusión descansadora el puñado de pajas de centeno del Magistrado y el petate de Rafael Pérez. ¿Por qué no tenderse en el mar del eterno reposo?

Mi mundo era mi casa, y mi oficio, y mi tertulia, y mis libros, y mis periódicos, los que leía y en los que escribía, y mis amigos, mis correligionarios, mis oponentes, mis diversiones... Pero, ¿cómo encontrar los mis sin el yo? ¿Y cómo recuperar el yo sin el mundo que lo contenía?

Imposible encontrar un testimonio más desgarrador de la experiencia de la ruptura. Sin embargo, los textos de la España que se iba haciendo “oficial” mantenían un tono intelectualmente interesante pero sin la fuerza necesaria para resarcir la historia. Recordemos el artículo firmado por el propio José Luis Aranguren en *Revista de Occidente*⁵⁶ como comentario a *España, sueño y verdad* (Buenos Aires-Barcelona, EDAHSA, 1965) y *El sueño creador* México, Universidad Veracruzana, 1965). Concluía de esta manera:

Lo que María Zambrano no es literatura estrictamente dicha; tampoco, pensarán muchos –y hoy lo pensarán incluso el propio Ortega- precisión, en el sentido más riguroso de la palabra. Y de lo que ella habla parece que no se puede hablar. Sin embargo, si María Zambrano se hubiera callado, algo profundo y esencial habría faltado, quizá para siempre, a la palabra española.

Muy interesante esta reflexión pero con un punto de distancia, sin duda, que no acaba de disolverse en el breve texto que envió desde California, pocos meses antes de regresar a la cátedra, después de su expulsión. Con el título “Amnistía y retorno de los exiliados” escribía Aranguren:

El problema del retorno de los exiliados es como la otra cara de la amnistía. La mayor parte de ellos necesitan, legalmente, de ninguna amnistía para volver a España. Pero la necesitan moralmente y como garantía política. ¿Cómo regresar públicamente al país del que salieron como desterrados sin recibir un llamamiento general, sin la apertura política expresa a colaborar en la construcción de una nueva España?⁵⁷

¿Significan estas palabras un cierto giro en la percepción de los exiliados, un año después de haber muerto Franco? Podría pensarse que así era, mas, de todas las maneras, sigue habiendo una cierta distancia con la sensibilidad que manifestaba Sánchez Vázquez en el texto mencionado anteriormente.

Quizá fuera el artículo que Fernando Savater publicaba en el diario *El País*, 28 de enero de 1981, bajo el título “Los Guernicas que no vuelven” el acto de mayor sinceridad en los albores de la España democrática, incluso ya aprobada la Constitución de 1978. No era, precisamente, optimista y prueba, efectivamente, que el exilio, una vez producido por la nación “verdadera” crea una situación irreversible: “Cuando vaya a Suiza no deje de visitar

⁵⁶ n. 35, febrero, 1966, pp. 207-213.

⁵⁷ Aranguren, J.L., “Amnistía y retorno de los exiliados” en Figuro, J.; Baselga, A.; Madaria, Catalina G. (eds.), *Las reformas urgentes*, Madrid, Taller de Ediciones, 1976, p. 210.

a María Zambrano”, me dice Ciorán cada vez que nos vemos. “Es el más original y creador de los discípulos de Ortega”. Y luego añade: “Pero ¿se acuerdan en España de María Zambrano?” No sé qué responderle. Por un lado, no parece que este país tan mísero filosóficamente hablando pueda permitirse el lujo de olvidar a uno de sus pensadores de mayor talento...” (...) “Dicen que vuelve el *Guernica*: qué bien, qué gran éxito. Cuántos detalles, cuántas breves y emotivas palabras, seguro que dos o tres abnegados funcionarios ascenderán. Pero hay *Guernicas* que no vuelven: porque ni quieren ni pueden, claro. Algunos siguen fuera como María Zambrano, pero otros no vuelven, aunque ya están aquí, como José Bergamín o Juan Gil-Albert. Como con ellos nadie se luce, como no dan las muestras debidas de docilidad (para muchas cosas todavía es necesario cierto tipo implícito o explícito de adhesión al régimen del momento), ni sus años ni sus méritos les valen a la hora del reparto de sinecuras administrativas. Y lo pasan mal, que conste. Y son más cultura viva que los símbolos artísticos...”

Dos años y medio más tarde se celebraban los Encuentros de Almagro con la obra y la vida de María Zambrano como tema central. ¿Corrigieron aquellos encuentros, y otros muchos congresos celebrados después, ese “no volver aunque estuvieran aquí”. No lo sé. En el mejor de los casos de manera muy insuficiente. Y esto quiere decir que el exilio no ha sido superado, con seguridad porque es imposible que lo sea. Porque la patria no puede recuperar plenamente la unidad. El 20 de noviembre de 1984 regresaba desde Suiza a Madrid, con ochenta bien cumplidos, hará, en otoño de 2014, 30 años. Regresó como Savater decía de Bergamín, “no vuelven, aunque ya están aquí”. La propia Zambrano se confesaba así en la entrevista que le hizo Juan Carlos Maset para el diario ABC (23.4.1989): “...lo que yo amaba era la unidad. Pero no la unidad que corta, no la unidad que es renuncia: yo no podía renunciar a nada y al no poder renunciar a nada quizá no hacía nada.” (...) “Lo que yo he sido, y soy, es republicana, en el sentido de aquel 14 de abril, de aquella flor que se abrió entonces y que yo he descrito como me ha sido posible, varias veces”.

¿Quiere esto decir que es mejor que la patria no llegue a creerse verdadera como forma de que sus sueños no generen exilios? Dejemos abierta la respuesta porque cualquiera de las respuestas que pudiéramos encontrar se enfrentan radicalmente con la radical experiencia de quienes han sido expelidos en algún lugar, en algún tiempo... pero apelemos a la esperanza, a las raíces de la esperanza pues, “como señalaba Zambrano, si “la esperanza sostiene todo acto de la vida, la confianza sostiene a la esperanza”⁵⁸ y ambas proporcionan sentido a la historia pues construyen “la continuidad de la vida”.

Si la verdad fracturó, será la esperanza la que una, la que dé continuidad como apuntó la filósofa malagueña, bastantes años después de vivir en Morelia, allá por la primavera de 1930, hace más de 75 años, a donde llegó buscando esperanza. Tardaría algunos años en hallarla y lo hizo cuando se dio cuenta de que la esperanza precisa de la “aceptación de la realidad”, es decir, que busque decididamente la verdad (como base de la propia esperanza más que de la verdad misma); que se convierte en una “llamada que asciende a la invocación del bien”, o sea, que no es egoísta; y, finalmente” que no dude en convertirse en “ofrenda que puede llegar al sacrificio de uno mismo”⁵⁹.

⁵⁸ Zambrano, M., *Los bienaventurados*, o. c., p. 101

⁵⁹ *Ib.*, p. 108.

Como cualquier experiencia que trasciende al propio individuo, la esperanza necesita del “trato con la realidad”, una realidad esquiva, escondida tras apariencias y, a veces, confusa, pero siempre entendida como lo presente distinto de mi y a mi mismo pero que me precede y estará después de mi; necesitará de un corazón que haga fluir la sangre en movimientos de dar y recibir, que haga fluir los sentimientos al igual que los bienes, desde los “llamados materiales hasta los más invisibles; y deberá tener como finalidad la creación, la capacidad de “extraer del vacío, de la adversidad, de la oposición, su propia fuerza sin por eso oponerse a nada, sin embalsarse en ninguna clase de guerra. Es la esperanza, suspendida sobre la realidad sin desconocerla, la que hace surgir la realidad aún no habida, la palabra no dicha”. En definitiva, es aquella esperanza que “atraviesa toda la longitud de las edades”⁶⁰, reflexión con la que concluye Zambrano su apuesta por la esperanza, tan ajena a los espejismos como liberada de las verdades de hecho. Estas existen para todos los animales, mas el animal humano tiene capacidad de crear y por ello la cuestión radical, humanamente radical, es saber qué haremos con ella. Es esta una cuestión tan filosófica como política. Los exiliados de 1939 fueron quienes se enfrentaron radicalmente a esa pregunta y nos dejaron una respuesta: las patrias que pretenden construirse sobre la verdad como sustantivo crean inevitablemente exilios.

Construyámoslas, pues, sobre la esperanza, en los términos que nos indicaba Zambrano: esperanza de verdad, es decir aquella que convierte la verdad en un fin y no solo en el origen; deseo del bien común; y voluntad creadora que no pretende la dominación sino la concordia. En definitiva: construyamos no sé si patrias, palabra que ellos utilizaron con profusión y autenticidad, llámense como se llamen pero que en ellas no falte la esperanza verdadera, o de verdad, ya que hemos comprobado con ellos, los exiliados, que la verdad sola, sin esperanza, no garantiza que la sociedad pueda ser humana... de verdad.

⁶⁰ *Ib.*, 112.

